

Guillermo Palacios (coordinador), *La nación y su historia. Independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación: América Latina, siglo XIX*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2009.

Pedro L. San Miguel

De cara al bicentenario de las independencias de los países de América Latina, es de esperarse que se desate un raudal de celebraciones de toda laya. Proliferarán, sin duda, los multitudinarios festejos en los cuales los espectadores –esa versión posmoderna del “pueblo” y el “ciudadano”– darán vivas a sus respectivas patrias y evocarán, en clave de espectáculo, los “muera” a los gachupines. Asimismo, abundarán los solemnes y grandilocuentes actos en que gobernantes y oficiantes de la patria enaltecerán, en hinchados y floridos discursos, las actuaciones de los próceres y los libertadores, o rememorarán las cruciales batallas que supuestamente contribuyeron a “dar patria” a los latinoamericanos. ¿Puede alguien prever, por ejemplo, las truculencias que adoptarán las celebraciones auspiciadas por el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela?¹ Éstas muy bien

podrían enfatizar la noción de que América Latina se encuentra en este momento en una lucha por su “segunda independencia” –tópico expresado décadas ha por el mismo Fidel Castro–, en esta ocasión en contra del Imperio del Norte, y que el adalid de esa lucha continental no es otro que Hugo Chávez, transustanciado en la encarnación del Libertador Simón Bolívar. (Valga aquí como recordatorio la sentencia de Marx, parafraseando al viejo Hegel: la historia se repite dos veces: la primera como tragedia, la segunda como farsa, es decir, como mera comedia, caricatura, o pantomima de la primera.)

Como parte de las celebraciones de las independencias, en cotos más cerrados se efectuará una mirada de eventos académicos en los que eruditos, sabios y doctos de aquí, acullá y más allá expondrán los resultados de centenares de sesudas y minuciosas investigaciones, la mayoría de las cuales, pese a estar sólidamente documentadas y argumentadas y de contar con impresionantes aparatos técnicos, terminarán reiterando lo ya sabido y que en breve tiempo serán debidamente olvidadas sin dejar huella visible alguna –excepto, por supuesto,

¹ Prueba al canto: los intentos por “demostrar” que El Libertador murió como resultado de una conspiración en la que habrían participa-

do “las oligarquías, Estados Unidos, Colombia e incluso España”. Ver: Maite Rico, “La reinvencción de la agonía y muerte de Bolívar”, *El País*, 21 de diciembre de 2008.

en los *hojas de vida* de sus autores—. Como suele ocurrir, esas numerosas conferencias, simposios, congresos, coloquios y seminarios quedarán plasmados para la posteridad en innúmeros tomos, no pocos de los cuales alcanzarán proporciones mamotréticas. La calidad y la relevancia de los trabajos recopilados en esa colosal masa de tinta y papel variará enormemente; por pura lógica estadística, entre ellos predominará una ingente cantidad de textos totalmente prescindibles, que apenas actuarán como comparsa de aquellos pocos escritos —realmente escasísimos— que efectuarán aportaciones reales para comprender y (re)pensar los procesos de independencia, así como la formación de las naciones y los Estados nacionales en América Latina. Por otro lado, la enorme masa de alocuciones, publicaciones, festividades y conmemoraciones abarcará una cantidad apabullante de divergencias conceptuales, teóricas, metodológicas e historiográficas, generando una variedad igualmente abrumadora de interpretaciones, motivadas ya por razones ideológicas o políticas, ya por identificaciones étnico-raciales o de clase, ya por factores de género o por preferencias sexuales, ya por ubicaciones geográficas o espaciales o por criterios culturales —no es lo mismo hacer historia en el “centro” que desde la “periferia”—, ya por si se apoya

al ALBA o al TLC, ya por si se es católico, protestante, judío, santero, espiritista, masón, agnóstico o ateo...

Si corremos con suerte, luego de la borrasca de todas esas celebraciones, quedarán algunas pocas —lamentablemente muy escasas— obras de mérito que ofrecerán perspectivas novedosas desde las cuales observar los procesos históricos vinculados con las independencias y con la formación de las naciones latinoamericanas en el siglo XIX. En mi criterio, la obra reseñada seguramente será una de ellas. En efecto, *La nación y su historia* está compuesta por una variedad de ensayos que brindan miradas refrescantes en torno a dichos procesos históricos. Uno de los méritos de la obra comentada es que no parte de una visión única y singular, sino que los colaboradores articularon sus respectivos trabajos a partir de propuestas diversas. Esto le brinda una gran riqueza a los textos que componen el tomo, brindando a los lectores alternativas variadas para enfrentar los procesos de la construcción de las naciones latinoamericanas y los imaginarios en torno a ellas.

La nación y su historia consta de ocho ensayos más una breve presentación de su coordinador, Guillermo Palacios. Se inicia con un trabajo de Elías José Palti en el que se intenta trazar los orígenes de “una visión genealógica” de la nación argentina. Para ello, Palti se con-

centra en la obra de Bartolomé Mitre (1821-1906) y en las polémicas que ella suscitó. La obra de Mitre, apunta al autor, estaba desgarrada “entre el Ser y el acontecimiento”, es decir, entre una búsqueda de los orígenes y las esencias de la nación, y “la radical contingencia” de sus inicios como entidad política (p. 36). Por su parte, Juan Carlos Vélez Rendón examina “las luchas narrativas” en torno a la nación en la historiografía colombiana del siglo XIX. Su reflexión toma como punto de partida la figura de José Manuel Restrepo (1781-1863), cuya obra “constituyó un canon explicativo de la revolución de independencia”, canon que —en palabras del historiador Germán Colmenares citadas por el autor de este ensayo— terminó convirtiéndose en una “prisión historiográfica” ya que estableció “un repertorio fijo e inalterable de los hechos” (p. 40). Esto, concluye Vélez Rendón, virtualmente clausuró la investigación en torno a la independencia por casi doscientos años. Pese a ello, a lo largo del siglo XIX varias obras debatieron las ideas e interpretaciones propuestas por Restrepo. Éstas estuvieron signadas por las pugnas políticas e ideológicas en dicha centuria, razón por la cual pueden concebirse como una “historia del presente” (p. 76). Debido a las rasgaduras provocadas por los intensos conflictos políticos de la época, no fue hasta inicios

del siglo XX cuando surgieron las condiciones que permitieron una versión histórica integradora de la independencia y de los inicios de la época republicana.

A continuación, se incluyen lo que a mi juicio son dos de los capítulos más sólidos y sofisticados del volumen comentado. Se trata, por un lado, del texto de Guillermo Zermeño Padilla acerca de México y, por el otro, el de Mark Thurner sobre Perú. En su aportación a este volumen, Zermeño Padilla traza las condiciones de posibilidad de esa nueva relación con el pasado que fue la historiografía mexicana decimonónica. El mérito principal de este ensayo radica en que ofrece un delicado tejido en el que se entrecruzan los factores intelectuales con los políticos e ideológicos. Así, durante la primera mitad del siglo XIX emergió un tipo de escritura de la historia que será común a conservadores y liberales; ambos sectores poseían “modos similares de cocinar la historia”, así como “la idea de un historiador-juez del pasado y formas narrativo-literarias dramáticas” (p. 96). Esos intelectuales intentaron construir la nación a base de “tres pilares básicos”: “Estadística, Educación e Historia” (p. 88). Para ellos, una “cultura histórica objetiva” era una precondition para el fortalecimiento y el progreso de la nación (p. 95). Pese a todo, la historiografía mexicana decimonónica se distinguió por su

ambigüedad, rasgo observado previamente por Edmundo O’Gorman, quien destacó precisamente la supervivencia en ella “de la tradición en la modernidad” (p. 109).

“Apropiación del pasado”, denomina Zermeño Padilla a la labor que efectúan los historiadores mexicanos en la centuria decimonónica; como “invención de la historia nacional”, cataloga Thurner lo que hacen sus homólogos en el Perú. Papel prominente en dicha tarea ocupó Sebastián Lorente (1813-1884), quien logró ofrecer una panorámica del conjunto de la historia peruana, enlazando coherentemente el remoto pasado indígena, el periodo colonial y la “época contemporánea”, incluyendo el momento clave de la independencia. Thurner destaca que ello implicó la construcción de una “poética republicana” que conceptualmente destronase al “antiguo ‘Libro de los Reyes’”, es decir, a los relatos dinásticos que hasta entonces habían normado la escritura de la historia en el Perú (p. 116). Con todo, dicha “poética republicana” retuvo elementos nodales de la vieja historia dinástica, si bien “sus contenidos filosóficos y políticos” se modificaron a tono con “los campos semánticos de los nuevos términos”: nación, república, soberanía, ciudadanía, pueblo (p. 126). Irónicamente, afirma Thurner, en el siglo xx la obra de Lorente fue “abandonada por los historiadores pro-

fesionales peruanos”. Pese a ello, “su narrativa maestra está hoy en todas partes”, lo que evidencia que “las posibles verdades de la disputada ‘historiografía nacional’ descansan [...] sobre la base de una serie de verdades culturalmente ‘instaladas’” que se han convertido en una especie de sentido común sobre el pasado peruano y que fueron reapropiados por historiadores posteriores con el fin de elaborar sus respectivas historias (p. 156).

Sigue a continuación el ensayo de Ana Buriano “La construcción historiográfica de la nación ecuatoriana en los textos tempranos”, que virtualmente abarca el “largo siglo xix”. Buriano inicia su periplo por la historiografía del Ecuador con Juan de Velasco (1727-1792), autor de *La Historia del Reino de Quito en la América Meridional*, que data de 1789, y culmina con Federico González Suárez (1844-1917), quien inaugura en el país “la aplicación del método científico en el análisis histórico” (p. 211). En su texto, Buriano entreteteje la historiografía decimonónica con la vida política de Ecuador, definiéndola como “una historia extemporánea al servicio del presente” (p. 172). En particular, destaca las visiones encontradas entre liberales y conservadores, las cuales tenían un fundamento regional ya que los primeros tenían su sede en la costera Guayaquil, mientras que los segundos

ubicaban su bastión en la ciudad serrana de Quito. Aún así, el contrapunteo político e historiográfico entre liberales y conservadores produjo –como en las mejores obras del barroco musical– un fenómeno que, según la autora, es “singular en el continente”: un “Estado oligárquico” integrado y consolidado a partir de un “proyecto liberal” pero construido sobre “las bases historiográficas de sus contrarios ideológicos” (p. 223).

No obstante, esta conclusión sobre la singularidad de la experiencia ecuatoriana se puede matizar a la luz de otros de los trabajos que componen el volumen comentado, en los cuales también se arguye o se sugiere que, al fin y al cabo, liberales y conservadores encontraron puntos de encuentro, por lo cual sus perspectivas políticas e historiográficas –sobre todo hacia fines de la centuria– tendieron a (con)fundirse. Como prueba se puede mencionar ese gran edificio político que fue el porfiriato, que generó las condiciones que hicieron posible la magna obra *México a través de los siglos* (1884-1889), editada por Vicente Riva Palacio (1832-1896), que aún –y hasta armoniza– enfoques liberales y conservadores. Por otro lado, Buriano propone una interesante tesis acerca de la importancia de la tradición conservadora, de raigambre fuertemente católica, en el surgimiento en Ecuador de una concepción científica

de la historia. Este hecho también tiene evidentes paralelismos en otros países latinoamericanos, entre ellos México, donde, como ha señalado Enrique Florescano,² los historiadores conservadores del siglo XIX sentaron cátedra de rigor historiográfico, contribuyendo así al surgimiento de la “historia científica”.

A continuación, Marta Irurozqui examina el papel de la historiografía en la “etnización política” en Bolivia entre 1825 y 1922. La autora parte de lo que percibe como una constante histórica en Bolivia –la existencia de una “polaridad discursiva” basada en la adscripción de identidades étnicas duras–, que se traduce, por un lado, en una “visión victimista del pasado indio”, o, por el otro, en “una postura despreciativa hacia esta población” y que termina negándole a los indios la “condición de sujetos políticos”. Ambos enfoques, no obstante, comparten una visión esencialista debido a que asumen que los indios son inmutables a lo largo del tiempo. En el primer caso, se percibe al nativo como un ser que “con paciencia acecha en la sombra para conquistar su libertad”; en el segundo, como un ser péfido que aguarda el momento propicio “para subvertir la modernidad” (p. 232). Tales

² Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus (Pasado y Presente), 2002.

construcciones discursivas quedaron plasmadas tanto en obras históricas como en obras de ficción, y se tradujo en la negación del papel de los indígenas en los procesos históricos que llevaron al surgimiento de la nación. Esas visiones adquirieron fuerza a partir de las décadas finales de la centuria decimonónica, como evidencian, entre otras, las obras de Alcides Arguedas (1879-1946). De hecho, se puede argüir que constituyen una “prisión conceptual” que –recalca Iruozqui– opera todavía en el presente, justificando “nuevas exclusiones de los agentes históricos” (p. 278).

Si en su ensayo Iruozqui estudia la historiografía y la narrativa bolivianas, en la aportación de Maria Ligia Coelho Prado dialogan las obras históricas y las pictóricas; así reconstruye la autora los “emblemas de Brasil” en el siglo XIX. Sobre el particular, indica que poco después de proclamarse la independencia, “se delineaban ya las líneas maestras de la interpretación de la historiografía brasileña” (p. 285). A ello contribuyó la confluencia entre individuos e instituciones, como el Instituto Histórico e Geográfico do Brasil (IHGB) –que tuvo, además, fuertes vínculos con la monarquía brasileña–, que desde su temprana fundación en 1838 jugó un rol determinante en la “homogenización” de la historia del país. Así, desde 1850 Brasil contó con textos escolares que

fueron determinantes en la difusión de ciertas representaciones sobre la historia nacional. Dichos “emblemas” fueron reforzados gracias a la Academia Imperial de Bellas Artes, que auspició la pintura histórica. La conjunción entre historiográfica e imágenes contribuyó a reforzar varias ideas centrales en la idea de la nación brasileña en el siglo XIX, entre ellas: “la idea de la monarquía como garante de la unidad del territorio y de la grandeza nacional”; la noción de la singularidad de Brasil como nación, excepcionalismo basado en el mestizaje racial; y la concepción de la que la historia brasileña se caracterizaba por “una evolución suave y continua” en la que estaban ausentes los quiebres violentos que habían distinguido a las antiguas colonias españolas (p. 290). Debido a su predominio hasta la época contemporánea, la autora concluye que el siglo XIX fue la centuria “de las grandes invenciones interpretativas sobre la Historia de Brasil” (p. 322).

Quizás algo parecido se podría afirmarse acerca de otros países latinoamericanos, entre ellos Chile, donde, en el siglo XIX, emergieron una serie de imaginarios sobre la nación que han pervivido a lo largo del tiempo. En el caso de este país, algunas de sus representaciones más perdurables, indica Rafael Sagredo Baeza, se remontan a la obra del naturalista francés Claudio Gay (1800-

1873), contratado por el Gobierno de Chile para efectuar un inventario del territorio nacional y de sus recursos naturales. Terminada esta ingente labor, se le propuso que escribiera una historia del país; de ahí sus investigaciones se desprendió su *Historia física y política de Chile* (1844-1848), imponente obra en 30 tomos en la cual se aunaron las perspectivas del naturalista con las de quien intentó escrutar el “pasado nacional” a la luz del “método científico” (p. 348). Sagredo Baeza destaca que, hasta entonces, “nadie había emprendido la historia completa de las centurias coloniales, y menos abordado la etapa republicana de Chile” (p. 354). Asimismo, señala que la obra de Gay adoptó –y en buena medida canonizó– varios de los imaginarios de las élites acerca del país y de su historia, entre ellos la noción de la excepcionalidad “chilena en el concierto americano” (p. 344), así como la concepción de que la población del país había sido capaz de sobreponerse a los acontecimientos “infaustos” sufridos, lo que se convirtió en fuente de orgullo nacional (p. 355). Pero, sobre todo, entronizó la concepción de que “la trayectoria de las élites y de sus logros” constituyen, en esencia, “la historia de Chile” (p. 359). Finalmente, el autor de este ensayo subraya el papel determinante que las representaciones gráficas –mapas y grabados– jugaron en

la obra de Gay. Ese material gráfico seguramente fue determinante en ese proceso de “imaginar la nación” chilena en el siglo XIX.

El volumen comentado cierra con “Venezuela, 1830 y 1858: Los contenidos historiográficos de dos debates constitucionales”, texto en el cual Ezio Serrano Páez estudia “los discursos y las intervenciones de los diputados en dos congresos constituyentes” con el fin de rastrear aquellas “alusiones cargadas de valor historiográfico”. El autor se concentra en el uso que los diputados hicieron de “los conceptos de *patria*, *nación* y *Estado*”, a partir de los cuales se constituyó “un discurso historiográfico que sirvió de componente *nutricio* al proyecto político” (p. 377). Basándose en la distinción entre tradiciones historiográficas en torno a la nación efectuada por Ruggiero Romano –quien distingue entre “nacionalidades frustradas” y “nacionalidades satisfechas” (p. 385)–, Serrano Páez alega que las élites venezolanas, tal como se desprende de los debates constitucionales por él analizados, “se inspiraron en los prototipos de nacionalidad satisfecha” (p. 407). Tal construcción discursiva tuvo, no obstante, que recurrir a no pocos artilugios, como menoscabar el “pasado inmediato”, en el cual los conflictos políticos mostraban las rasgaduras de la nación, y resaltar el “glorioso pasado”, vinculado a la independencia, en el

cual, supuestamente, se encontraban las “verdades incuestionables” del ser nacional (p. 398).

Como se aprecia, los ensayos incluidos en *La nación y su historia* ofrecen un rico entramado conceptual, teórico y empírico en torno a la relación entre la construcción de las naciones latinoamericanas y los relatos historiográficos en el siglo XIX. Son pocos los reparos que podría hacer a este volumen; si acaso, lamentar la ausencia de trabajos sobre ciertas regiones de América Latina, como Centroamérica y el Caribe, que están totalmente ausentes del libro. Esto es lamentable ya que en estas dos regiones ocurrieron procesos históricos que podrían iluminar aspectos significativos de la relación entre la nación y la “escritura de la historia”. Aún así, este volumen constituye una valiosa aportación para ayudarnos a pensar ese, aparentemente, lejano siglo XIX que tantas trazas ha dejado en nuestro presente.

Thomas Bender, *A Nation among Nations: America's Place in World History*. Nueva York: Hill and Wang, 2006, 368 pp.

Pablo Mijangos y González

En su discurso presidencial de 1933 ante la American Historical Association, Herbert E. Bolton invitó a sus colegas a

trascender la visión “puramente nacionalista” que por entonces predominaba en la profesión. La cada vez mayor importancia de las relaciones interamericanas, subrayaba el profesor de Berkeley, hacía urgente un “mejor entendimiento” de “la historia y la cultura de todos [los países]”. En particular, era imprescindible que la historia de Estados Unidos fuera reinterpretada a la luz de otros pasados: una “correcta historiografía” exigía que las distintas fases del desarrollo histórico norteamericano fueran vistas no como acontecimientos únicos, sino como parte y manifestación de procesos comunes a todo el “hemisferio occidental”.³ Desafortunadamente, el llamado de Bolton no encontró gran acogida. Al compás de la hiperespecialización de la disciplina y la Guerra Fría, durante la segunda mitad del siglo XX la historia de Estados Unidos se convertiría en una rica pero cada vez más aislada provincia historiográfica. Prueba de ello sería la permanencia de una división fundamental al interior de los departamentos de historia de las universidades norteamericanas, donde hasta la fecha los profesores se clasifican en “*Americanists*” y resto del mundo. Y no porque se culti-

³ Herbert E. Bolton, “The Epic of Greater America”, en *The American Historical Review*, vol. 38, no. 3 (abril 1933), pp. 448-474.

vara un menosprecio hacia otras historias, sino porque se asumía que Estados Unidos era, según la expresión del influyente sociólogo Seymour Martin Lipset, un país “cualitativamente distinto”, el resultado de un pasado por demás excepcional.

Thomas Bender, profesor de la Universidad de Nueva York, ha sido uno de los principales impulsores del cambio de rumbo historiográfico sugerido por Bolton desde 1933. Fruto de muchos años de activismo académico y variadísimas lecturas, su reciente libro, *A Nation among Nations*, constituye el esfuerzo más ambicioso por reescribir la historia de Estados Unidos a la luz de su contexto global. El autor no oculta su descomunal propósito: ya en la primera línea de la introducción apunta que su libro pretende nada menos que ponerle fin a una manera tradicional y nacionalista de entender el pasado norteamericano. Desde el siglo XIX, afirma Bender, la mayoría de los historiadores han visto en su nación excepcional a la protagonista natural de la historia, cuando en realidad Estados Unidos no ha sido sino “una provincia entre las provincias que forman el mundo”. Negar este hecho y sus implicaciones no ha sido malo únicamente para la historiografía. Ha sido también, en su opinión, la semilla intelectual de la soberbia y la cerrazón que caracterizaron la política internacional

de Estados Unidos durante la era Bush. En un siglo de “globalización, multiculturalismo y diásporas”, los norteamericanos tendrían que abandonar de una vez por todas el “excepcionalismo” de la *city upon a hill*. Y esto, según Bender, sólo será posible mediante una nueva historia nacional que dé cuenta de los rasgos comunes y las interconexiones entre todos los países, es decir, mediante una historia que forme ciudadanos no sólo de América, sino del mundo. La historia, qué duda cabe, seguirá siendo el mejor instrumento para forjar patria, pero con la salvedad de que ahora la patria es el mundo entero.

Bender no ofrece una historia general de Estados Unidos, la cual requeriría ciertamente de más de un volumen, sino que desarrolla su propuesta mediante cinco ensayos dedicados a momentos clave del pasado norteamericano: el primero trata de la “era de los descubrimientos” y el surgimiento de un “nuevo mundo” a partir de 1492; el segundo explica la Revolución Americana como parte y resultado de un “conflicto global” entre Inglaterra y Francia que abarcó todo el siglo XVIII; el tercero reinterpreta la Guerra Civil de 1861-65 en el contexto de las revoluciones europeas de 1848 y la difusión del nacionalismo liberal en el mundo atlántico; el cuarto está dedicado a la “aventura imperial de 1898”, la cual aparece

como el colofón natural de un siglo de expansión económica y territorial; y el quinto, por último, rescata a los ancestros venerables del nuevo cosmopolitismo abanderado por Bender: el “progresivismo” y los proyectos de reforma social de principios del siglo xx, los cuales, nuevamente, fueron “parte de una respuesta global al extraordinario crecimiento del capitalismo industrial y de las grandes ciudades de la época”. Necesitaría de demasiadas páginas para reseñar cada uno de estos ensayos. Por lo tanto, me concentraré únicamente en el primer y el tercer capítulos, los cuales ilustran muy bien la novedad –y los problemas– de la historia transnacional propuesta por Bender.

A contrapelo de las historias que ubican la fundación de Estados Unidos en la llegada de los “Padres Peregrinos” a Plymouth Rock, el primer ensayo arguye que en los orígenes de la historia americana hay mucho más que las utopías religiosas de los primeros colonos anglosajones. De hecho, el tema central de aquella época no fue la creación de una Nueva Inglaterra en el territorio americano, sino la irreversible integración de todos los continentes gracias al descubrimiento del océano, que a partir de 1492 dejó de ser una frontera habitada por monstruos fantásticos para convertirse en el medio que hizo posible la circulación global de “personas, dinero,

bienes e ideas”. Citando a Edmundo O’Gorman –cosa bastante rara entre los académicos norteamericanos–, Bender muestra que los descubrimientos colombinos permitieron apreciar por vez primera que la superficie del globo terrestre era un “todo continuo”. América nació entonces a la par de un “nuevo mundo” caracterizado por la perplejidad ante culturas desconocidas, la expansión del comercio trasatlántico, y la simultánea destrucción de sociedades a causa del tráfico de esclavos y las epidemias importadas de Europa.

Bender no desaprovecha ocasión para subrayar los orígenes multiculturales de Estados Unidos. En este punto nos recuerda, por ejemplo, que los poblados españoles de San Agustín (Florida) y Santa Fe (Nuevo México) se fundaron décadas antes que los primeros asentamientos ingleses de Massachussets. Y también observa que muchos de los “primeros americanos” fueron “criollos atlánticos” que se distinguieron por su destreza lingüística, su olfato para los negocios y su enorme adaptabilidad cultural. Pese a todo, Bender no idealiza demasiado ese mundo de intercambios y comunidades híbridas. La esclavitud moderna fue, de hecho, el gran y terrible resultado de la “revolución oceánica” del siglo xvi: si bien la captura de esclavos de guerra había sido un fenómeno común desde

la antigüedad, a partir de 1492 la esclavitud se convirtió en una industria global que embarcó a millones de africanos a las plantaciones americanas, en donde habrían de producir, bajo condiciones infames, el azúcar y el tabaco que demandaba el creciente consumo europeo. A lo largo del período colonial, añade Bender, fueron más los africanos que los europeos que cruzaron el Atlántico rumbo a las Américas. Por ello concluye que la “institución peculiar” debería ser vista como un elemento central de la historia colonial americana, y que ésta no debería ya narrarse simplemente como la épica triunfal de los “emigrantes y colonizadores blancos”.

El capítulo dedicado a la Guerra Civil es quizá el mejor de todo el libro. A diferencia de la interpretación tradicional que pone el énfasis en las diferencias regionales sobre el tema de la esclavitud, Bender sostiene que el conflicto fue, en último término, una guerra más para crear el Estado nacional, esto es, una conflagración no muy diferente del *Risorgimento* italiano o nuestra guerra de Reforma. Significativamente, el ensayo comienza señalando que la victoria sobre México en 1847 hizo impostergable la búsqueda de una solución a la “crisis federativa” de los hasta entonces Estados Unidos. Apoyándose en la obra clásica de Robert C. Binkley (*Realism and Nationalism*, 1935), Bender ob-

serva que los “padres fundadores” del constitucionalismo americano se habían propuesto crear una constitución *federal*, y no necesariamente *nacional*. Así, durante sus primeros 70 años Estados Unidos no había sido precisamente una nación unificada, sino un “estado asociativo” en el que los gobiernos federal y estatales negociaban sus respectivas competencias en una posición de igualdad. Este federalismo laxo, según Bender, fue el que hizo posible que los estados del Sur preservaran por casi un siglo una cultura antiliberal fundada en la esclavitud y en la hegemonía de los propietarios de las grandes plantaciones.

Este arreglo inicial, sin embargo, dejó de funcionar una vez que la guerra contra México rompió el difícil equilibrio entre el Norte y el Sur, justo en un momento histórico en que el liberalismo, en palabras de Giuseppe Mazzini, estaba peleando su batalla definitiva, aquella entre “la libertad y la tiranía, la igualdad y el privilegio... la justicia y el gobierno arbitrario”. Si el pecado original de la historia americana —la esclavitud— había llegado a través del Atlántico, en los barcos cargados de prisioneros africanos, la redención liberal también vendría de allende los mares, esta vez mediante la difusión del liberalismo romántico que inspiró las revoluciones europeas de 1848. Bender contrasta efi-

cazmente el federalismo de 1787 con la retórica liberal-nacionalista de Abraham Lincoln y William Henry Seward, para quienes una nación unificada y homogénea era la condición *sine qua non* de la libertad, la igualdad y el progreso económico: tal como expresó el primero en su célebre discurso del 16 de junio de 1858, “una casa dividida contra sí misma”, donde una mitad era esclavista y la otra abolicionista, no podía ya mantenerse en pie. Y ésta no era una preocupación exclusivamente ideológica, alimentada por la lectura de Hegel, Víctor Hugo o John Stuart Mill: hacia mediados del siglo XIX era claro que todos los estados del mundo debían prepararse para un “mundo de naciones compitiendo entre sí no sólo en los campos de batalla, sino en el ámbito económico, donde el poder se medía por la capacidad industrial”. Un Estado a la altura de los tiempos requería entonces de una “administración más efectiva”, de “ejércitos más fuertes”, y, sobre todo, de mayores poderes de intervención en la vida social y económica. Por eso la Guerra Civil no fue exactamente una lucha para preservar la Unión de 1787, sino más bien para reemplazar esa federación precaria por un Estado nacional moderno. Bender termina el ensayo recapitulando los resultados del conflicto: la guerra no sólo acabó con la esclavitud, sino que aceleró la integración te-

ritorial, cultural, social y económica de Estados Unidos. Sin ir más lejos, fue al término de la Guerra Civil cuando finalmente se impuso el dólar, la divisa que al circular de mano en mano por todo el país recordaría a los ciudadanos que la unidad nacional era “verdaderamente un beneficio y una bendición para todos”.

Evidentemente, *A Nation among Nations* se convertirá en una referencia indispensable para cualquier futuro debate sobre la historia y el rol mundial de Estados Unidos. Se trata de un magnífico esfuerzo de síntesis y de apertura a otras historiografías —esfuerzo que haríamos bien en emular de este lado de la frontera, donde tanto nos gusta decir que “como México no hay dos”—. Sin embargo, y como suele suceder con cualquier obra de esta naturaleza, la interpretación de Bender suscita ciertas interrogantes que vale la pena considerar. La primera se refiere a la definición del contexto en el cual se enmarca esta nueva historia de Estados Unidos: ¿en qué consiste la “historia global”? ¿Es una especie de gran historia comparada que abarca más de dos países, o se trata más bien de una visión omnicompreensiva que no se reduce a un mero análisis comparativo? Por momentos, parece que para Bender la historia global consiste en apilar comparaciones entre historias nacionales, buscando ciertamente

interconexiones y rasgos comunes, pero sin ensayar un argumento más profundo acerca de las causas globales que desataron los grandes procesos de la historia norteamericana. Es notable en este sentido que Bender rehuye comprometerse con cualquier filosofía de la historia universal (como el materialismo histórico). Esto podría parecer positivo, de no ser porque la ausencia de postulados e hipótesis generales se traduce en ciertas inconsistencias entre los ensayos. En el primer capítulo, por ejemplo, Bender subraya la preeminencia de los factores económicos en la transformación del mundo atlántico durante el siglo XVI: la esclavitud y la creciente demanda europea de productos tropicales fueron mucho más decisivas que las motivaciones religiosas de los colonos puritanos o de los conquistadores españoles. En el capítulo tercero, sin embargo, los resortes materiales de la historia pasan a un segundo plano frente a los arrobadores discursos de Lincoln y Mazzini. ¿Existe alguna razón, más allá de las propias simpatías ideológicas del autor, que explique la preeminencia de las ideas en un siglo y no en otro?

En segundo lugar, Bender suele caer en simplificaciones problemáticas a causa de su interés en presentar la historia de Estados Unidos como una más entre muchas historias similares. De nuevo en el capítulo tercero, Bender

afirma que los líderes republicanos comprendieron desde el principio la dimensión global de su cruzada abolicionista: para ellos se trataba de una guerra entre el nacionalismo republicano –abanderado natural de la libertad, la igualdad y el progreso– y el abominable pasado monárquico –la fuente última de la desigualdad, la inmovilidad y el despotismo–. La observación vale como análisis de la retórica, pero deja mucho que desear como explicación del conflicto. En un momento dado, Bender incluso sugiere que el Sur estaba peleando una batalla “reaccionaria”, alineándose de este modo con los realistas franceses, los ultramontanos italianos, los caudillos conservadores de Sudamérica, y hasta con el mismo Maximiliano. El brochazo comparativo, en este caso, ignora particularidades que resultarían incómodas para su argumento general. En el México del siglo XIX, por ejemplo, hubo muchos liberales que sostuvieron posiciones ultrafederalistas similares a las de los ideólogos de la secesión sureña: basta con hacer una comparación entre la “*nullification theory*” de John C. Calhoun y el procedimiento de control constitucional a cargo de las legislaturas estatales establecido en el Acta de Reformas de 1847. Del mismo modo, el tan vilipendiado imperio de Maximiliano se distinguió por sus esfuerzos de convertir a México en un estado moder-

no, dotado de una administración pública lo suficientemente fuerte como para impulsar el desarrollo económico del país.

Paradójicamente, Bender no utiliza su enfoque comparativo al momento de describir al gran objetivo de su batalla intelectual: el excepcionalismo norteamericano. Pareciera que el mito de Estados Unidos como una nación distinta al resto del mundo ha sido la creación exclusiva de *professors* blancos, monolingües y poco cosmopolitas. Sin embargo, resulta que el “excepcionalismo” ha sido también una fe transnacional, creada en gran medida por historiadores, políticos e intelectuales de todo el mundo que han visto a Estados Unidos como la realización de los grandes ideales de la modernidad. Bástenos recordar, por ejemplo, que para Simón Bolívar el joven pueblo norteamericano era “único en la historia del género humano”, por ser un “modelo singular de virtudes políticas e ilustración moral” que “había reunido a un tiempo poder, prosperidad y permanencia” (*Discurso ante el Congreso de Angostura*, 1819). De hecho, me atrevería a sugerir que el excepcionalismo fue uno de los ingredientes inconfesables del antiamericanismo que tanto floreció durante la era Bush: pese a que muchas naciones europeas (y no se diga de las latinoamericanas) no se han distinguido precisamente por su

respeto histórico a la democracia, la soberanía de los pueblos y los derechos humanos, resulta intolerable, casi grotesco, que la república modelo, la democracia más grande y poderosa del mundo, se haya embarcado en una guerra visiblemente injusta contra Irak, saltándose incluso los frenos internacionales que ella misma contribuyó a crear. A Estados Unidos, ciertamente, no se le puede juzgar con el mismo rasero histórico con el que se juzga a Rusia, a China, o a los antiguos imperios europeos.

Finalmente, vale la pena abrir la discusión acerca del futuro de una historia más que nacional, pensada para formar “ciudadanos del mundo”. No me cabe duda de que a los historiadores de cualquier país les conviene abrir las puertas y aprender de todos los pasados. Es un signo básico de salud intelectual. Lo que no me queda tan claro es que una nueva historia transnacional vaya a cumplir la misma función unificadora que tuvieron los viejos relatos centrados en la nación. Primero, porque el ideal de un “ciudadano del mundo” carece de un significado concreto: ¿qué le dice la historia de Bender a un inmigrante que depende de una visa o de papeles falsos para sobrevivir en Estados Unidos? ¿Acaso se sentirá más integrado en un gran pasado multicultural, cuando en el día a día no goza de los derechos reservados a los ciudadanos

de la *nación*? Son los estados nacionales, y no el ancho mundo, los que otorgan derechos efectivos, y los que por tal motivo pueden generar más fácilmente sentimientos de lealtad y pertenencia a una historia colectiva. Segundo, y más importante, porque subsiste el reto de darle un mensaje ético a la nueva historia global. En Estados Unidos al menos, la historia nacional fue uno de los vehículos más eficaces para difundir los valores asociados al proyecto liberal: los derechos ciudadanos, el *rule of law*, la democracia, la libre empresa, la igualdad, la tolerancia religiosa. ¿Quién y cómo definirá los valores asociados al proyecto de la ciudadanía-mundo? ¿Qué historia cívica podrá dar realmente cabida a todos los pasados? Estas y otras muchas preguntas habrá de despertar la obra en comentario: un libro imprescindible y, éste sí, verdaderamente excepcional.

Marie-Danielle Demélas, *Nacimiento de la guerra de guerrillas. El diario de José Santos Vargas*. La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007.

Rafael Rojas

La guerra de guerrillas en América Latina se asocia con frecuencia a la proliferación de movimientos armados en

los campos de la región en los años 60 del pasado siglo. La teorización que de la misma hizo Ernesto Che Guevara contribuyó poderosamente a esa localización temporal. Sin embargo, como han estudiado varios historiadores del siglo XIX, las guerrillas latinoamericanas datan de mucho más atrás: específicamente de los 15 años en que se extienden los movimientos separatistas armados en la región, contra la monarquía de Fernando VII, entre 1810 y 1825.

Autores como Hugh Hamill, Brian Hamnett y Eric Van Young han estudiado las guerrillas de Hidalgo y Morelos en el Bajío y el Centro Sur de México, durante la década insurgente. La historiadora francesa Marie-Danielle Demélas reconstruye el mundo menos conocido de las guerrillas del Alto Perú, en las que intervino el combatiente independentista José Santos Vargas, natural de Oruro, quien participó durante más de una década en partidas armadas que operaban en una amplia región andina, enmarcada entre el altiplano y la zona de Cochabamba y que se extendía hasta los Yungas de Chulumani, un valle al Sur de La Paz.

A diferencia de muchos de los soldados rasos de las campañas insurgentes –su máxima distinción fue la de “tambor mayor” del ejército–, Santos Vargas no era analfabeto. Sin embargo, su rol en la guerra no fue equivalente al

de publicistas como Carlos María de Bustamante, en México, que aprovecharon la libertad de imprenta decretada por la Constitución de Cádiz para difundir las ideas republicanas y respaldar públicamente a los líderes separatistas. Santos Vargas escribe sobre la guerra desde la guerra misma o, más específicamente, desde la primera línea del frente de batalla contra las tropas realistas.

A partir del estudio documental del caso, la historiadora Demélas concluye que “Santos Vargas se alistó en la guerrilla para escribir un diario. Es un aprendiz de escritor que se ha hecho soldado, y no un guerrero que se ha hecho cronista”. De ahí que la relación que establece este protagonista y testigo del conflicto armado con la escritura sea diferente a la de los grandes publicistas de la independencia hispanoamericana. Santos Vargas no escribe para defender la causa de la separación de América, sino para narrar las vicisitudes de quienes sostuvieron aquella lucha, en condiciones precarias, entre 1814 y 1825, en Ayopaya y Sicasica.

Entre esas dos provincias operó durante más de una década una partida armada llamada “División de los Agueridos”, que aplicó las estrategias y las tácticas de la guerra irregular. Las guerrillas de Ayopaya mantuvieron una presión constante sobre las tropas rea-

listas llegando a controlar una buena parte del Alto Perú, que fue políticamente organizada como una “republicueta”, con no escasa participación de las comunidades indígenas de la zona. Luego del liderazgo de Eusebio Lira, Francisco de Rivero y José Buenaventura Zárate, entre 1810 y 1814, fueron hostigados por la ofensiva contrain surgente de este último año, impulsada por la restauración absolutista de Fernando VII; el principal líder de la “republicueta” de Ayopaya sería José Miguel Lanza.

Lanza llegó a ser general de las tropas antirrealistas y sobrevivió al acoso del ejército borbónico. En 1825, luego de la Batalla de Ayacucho, avanzó con sus guerrilleros del Alto Perú hacia La Paz, donde se reunió con Antonio José de Sucre, el máximo líder de la independencia andina. Después de la emancipación, Lanza llegó a ser gobernador de La Paz, bajo el mando de Sucre, lo cual supuso para él un tránsito fuerte entre el liderazgo de una guerrilla rural a la burocracia urbana, y murió defendiendo el gobierno bolivariano contra el motín de abril de 1828.

El libro de Demélas cuestiona severamente el mito de que la independencia andina fue obra de rioplatenses y neogranadinos, al adentrarse en el universo demográfico de las guerrillas del Alto Perú. Casi o más de la mitad de la

población de Ayopaya, Arque, Mizque, Tacapari y otras regiones bolivianas era indígena y una tercera parte de la misma, mestiza. El reclutamiento de esa población, por parte de los caudillos, debió recurrir a una serie de resortes simbólicos –caciquismo, carisma, sacrificio, religiosidad, “don de palabra”, “gracia de autoridad”, “protecciones sobrenaturales”, consagración de la muerte– que la historiadora estudia a partir de la gran tradición de la sociología histórica francesa.

Esa estrategia simbólica debió oponerse al arraigado monarquismo católico que predominaba en las comunidades, como resultado de tres siglos de orden estamental y corporativo. Como bien señala Demélas, en el admirable capítulo 13 de su libro, no toda la población indígena respondió al llamado de la insurgencia: en su diario, Santos Vargas describe cómo muchos indios seguían siendo fieles a la “iconolatría realista”. Algunos trasladaban dicha lealtad a la independencia, dotando a esta gesta de elementos monárquicos, pero otros se mantenían firmes en sus creencias y se resistían al reclutamiento o al apoyo a las guerrillas.

En el último capítulo de su libro, titulado “Una guerra providencial”, Demélas estudia la forma en que el conflicto étnico, político, militar y territorial, generado por las guerrillas, es

procesado a través de la religión. De la mano de Serge Gruzinski, la historiadora encuentra un imaginario mestizo y un “sincretismo andino” en la adopción de símbolos religiosos por parte de la guerrilla, que otorgan a ese movimiento separatista características excepcionales o sólo comparables con las de las guerrillas de Morelos en el Sur mexicano.

Aunque es consciente de que la guerra irregular o de guerrillas se difundió en todo el mundo hispánico en aquella década –desde la Península, como ha estudiado John Lawrence Tone, hasta el Río de la Plata y Chile–, Demélas intenta destacar los elementos distintivos del microcosmos andino, por medio de un énfasis en los componentes simbólicos de aquellas guerrillas. El lector, sin embargo, se queda con ganas de saber un poco más sobre la relación de aquellas guerrillas con las tradiciones comunitarias de la administración y el derecho virreinal, y sobre si la resistencia comunitaria-guerrillera logró conformar una práctica política perdurable durante el siglo XIX andino.

En varios momentos del libro, Demélas se refiere a la coincidencia de que en una zona próxima a la de la “república” de Ayopaya, 150 años después, se hubiera organizado la guerrilla de Ernesto Che Guevara. Sin embargo, una lectura somera del diario boliviano del célebre revolucionario argentino infor-

ma que para 1967 quedaba muy poco de aquella tradición guerrillera regional en la zona de Valle Grande. En varias de sus anotaciones, en el verano del 67, Guevara se refiere a la eficacia con que el ejército se ganaba el apoyo de los campesinos, “transformando en chivatos a todos los miembros de una comunidad”, y de las consiguientes dificultades que él tenía para reclutar campesinos, quienes “asombrados, callados y zorros, con ingenuidad de niños”, lo escuchaban predicar sobre la revolución. A Guevara, guerrillero marxista, le faltó una estrategia simbólica similar a la de Lanza para ganarse el apoyo del campesinado boliviano.

Alejandro Araujo Pardo, *Novela, historia y lecturas. Usos de la novela histórica del siglo XIX mexicano: una lectura historiográfica*. México: UAM-Universidad del Claustro de Sor Juana, 2009, 414 pp.

Luis Barrón

Los sistemas de evaluación actuales para quienes estamos dentro de los centros públicos de investigación y docencia toman muy en serio –y creo que correctamente– el impacto que puedan tener los resultados de nuestro trabajo, pues éste está financiado con recursos públicos. Esto es, la investigación fi-

nanciada con impuestos sólo tiene sentido si se traduce en docencia de calidad que forme los recursos humanos necesarios para que México enfrente la competencia global con éxito, o se materializa en publicaciones que impacten a un lector específico determinado. Por un lado, nuestras publicaciones deberían, en un mundo ideal, contribuir notablemente al avance del conocimiento –cuando el lector al que van dirigidas es académico–; o, por otro, hacer difusión de manera que un público amplio tenga acceso al conocimiento que, de otra manera, estaría fuera de su alcance.

Desde hace ya varias décadas, los historiadores en México han contribuido notablemente a generar conocimiento y a formar profesionistas preparados para enfrentar un mundo cada vez más global y competitivo. Basta acercarse a la historia de instituciones como el Colegio de México y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM para corroborar esto. Pero sobre todo, los historiadores en México han contribuido, desde el inicio del siglo XIX, a educar fuera de las aulas; a transmitir y a difundir los valores que, desde su perspectiva, han sido necesarios para fundar, hacer crecer y fortalecer lo que México es como nación. Este ideal ciertamente ha ido cambiando con el tiempo, pero los historiadores siempre han contribuido y, precisamente por eso, en

muchas ocasiones se les ha acusado de ser intelectuales orgánicos del régimen.

Hoy, sin embargo, la transición a la democracia ha cambiado por completo la labor del historiador. En muchos sentidos, la pluralidad que caracteriza a una democracia ha tenido como consecuencia que se exija al historiador apearse como nunca a los cánones de la disciplina, de modo que el conocimiento que produce se pueda aceptar como verdad. Como antes el sistema político autoritario permitía sólo una versión de la historia, el método por el que se llegaba a esa versión de los hechos pasaba a un segundo término. Hoy, en cambio, la pluralidad ha hecho que el debate sobre lo que “realmente” pasó, y por qué pasó, pase a un plano secundario, pues en una democracia, argumentan algunos, todos pueden tener su versión de la historia y, por tanto, el método ahora es más importante que el resultado.

En este contexto, hacer la difusión de lo que los historiadores académicos investigamos es sumamente complicado, pues competimos con escritores, novelistas y, muchas veces, cuenteros, que no tienen que someterse a los mismos estándares. Basta con tener medianamente buena pluma y contar una historia interesante –en el mejor de los casos– para vender un libro que, por un lado, promete ofrecer conocimiento y que, por otro, no tiene por qué cumplir

con las exigencias de los métodos académicos. En el peor de los casos, el mercado se ha inundado de libros que ofrecen contar una historia verdadera y, en realidad, se basan en el morbo de los lectores para vender cientos de ejemplares incluyendo relatos que antes era impensable publicar dada la censura, tanto del gobierno como de la Iglesia.

Alejandro Araujo Pardo acaba de publicar un libro que ayuda a echar luz sobre el por qué, a diferencia de lo que fue en el siglo XIX, la novela histórica actual no está contribuyendo a difundir ni el conocimiento ni los valores que se necesitan para consolidar una democracia. *Novela, historia y lecturas* es una investigación ordenada y bien documentada, no sólo de “el uso que los lectores ‘originales’ hicieron de las novelas históricas” del siglo XIX –como las de José María Lafragua, José Joaquín Pesado, Vicente Riva Palacio, Ireneo Paz, Justo Sierra O’Reilly y Victoriano Salado Álvarez, entre otros–, sino también “del tratamiento que una disciplina –la historia– hace hoy de un conjunto de textos que llevan como fecha de emisión una marca temporal anterior a la de nuestro tiempo” (p. 18). El libro toca temas muy importantes, como la relación entre el conocimiento y el contexto cultural en el que éste se produce. ¿Es posible pensar en el conocimiento como el producto de una conciencia

trascendental y ahistórica? Araujo argumenta que no: el conocimiento debe ser considerado “como el producto de un sujeto situado en un contexto social y cultural (lingüístico), en un *horizonte histórico*” (p. 21), aunque no hay que caer en la tentación de historizar todo, pues conceptos como la verdad, la justicia o el bien plantean problemas muy particulares (p. 23).

Pero el tema central en la reflexión de Araujo es “la relación entre la historia y la literatura, entre el pasado y su representación” (p.25): ¿cuándo podemos considerar que la literatura contribuye a la difusión del conocimiento histórico? ¿Podemos considerar a la historiografía como algo distinto a la literatura? Para Araujo, “unos pretenden garantizar la referencialidad de la historia y zanjar la diferencia con la literatura apoyándose fundamentalmente en la prueba documental [...] Otros, sin negar que la historia requiere del apoyo de la ficción, se han preocupado por insistir que más que el documento son las preguntas y los modelos teóricos que las posibilitan las que le otorgan a la historia formas de regulación –límites– a la imaginación” (p. 26).

Para avanzar en la respuesta a estas preguntas, en *Novela, historia y lecturas*, Araujo introduce un concepto clave para poder leer las novelas del siglo XIX en su propio contexto y, así, poder de-

terminar el uso que sus lectores originales les dieron y analizar qué tratamiento les ha dado la historia como disciplina. Ese concepto es “el contrato de lectura”, es decir, la intención –ya fuera implícita o explícita– que los autores del siglo XIX tuvieron al escribir una novela histórica –que, por cierto, Araujo define como aquella en la que “un autor utiliza elementos del pasado que *sí existieron* para *inventar* historias que *no existieron*” (p. 43)–.

El autor de *Novela, historia y lecturas* divide cronológicamente la producción de novelas históricas del siglo XIX en tres periodos: la primera que inicia con la publicación de *Jicotencal* en 1826 y que termina justo antes de la publicación de *La hija del judío*, de Justo Sierra O’Reilly, en 1848; la segunda que llega hasta la publicación de la novela *Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México*, de Vicente Riva Palacio, en 1872; y la tercera, que concluye con la publicación de la segunda serie de los *Episodios nacionales mexicanos*, de Victoriano Salado Álvarez, de 1903 a 1906. En las tres etapas, el contrato de lectura fue diferente y, por lo tanto, el objetivo y el público destinatario de las novelas también resultaron disímiles. En realidad, no se le puede hacer justicia a un argumento tan complejo como el de Araujo en tan poco espacio pero, a grandes rasgos, intenta-

ré, en los siguientes párrafos, hacerlo asequible para el lector.

Según Araujo, los novelistas de la primera etapa utilizaron la historia como una maestra de vida: “la sociedad de la década de los veinte [del siglo XIX], aquella que sentía la necesidad de trazar un orden común americano [...] acudió a historias del pasado para sacar lecciones de él, a pesar de utilizar valores republicanos-ilustrados para leerlo e interpretarlo” (p. 167). Dado que, durante la primera etapa de la novela histórica del México independiente, los autores, en realidad, no tenían todavía lo que podemos llamar un concepto moderno de la historia, simplemente ofrecían a sus lectores, a través de la novela, un muestrario de virtudes y valores en personajes de los que se podía aprender. Por eso, constantemente insistían, interrumpiendo la narración, en que la historia que servía de marco a la trama era cierta, pues el objetivo de esas novelas –que se puede desprender de su contrato de lectura– era educar a la élite encargada de gobernar y de guiar a la sociedad mexicana (americana) recién independizada.

A partir del fin de la guerra con Estados Unidos, dice Araujo, los autores de novelas históricas introdujeron en ellas el concepto moderno occidental de historia; esto es, utilizaron una visión lineal y progresiva de la historia –inclu-

so teleológica-, muy atada a la construcción de la nación, para darle contexto a la trama y a los personajes inventados. Del contrato de lectura de estas novelas se desprende que el objetivo era hacerle ver a los lectores “que México había progresado y que estaba al mismo nivel que otras naciones, que tenía una historia de progreso”. Por eso, la novela histórica se usó “no para educar en gustos ni modales a las élites, sino para transmitir los conocimientos científicos y los progresos de la civilización a aquellas personas que los desconocían por completo” (pp. 294-295), a pesar de que todas las novelas fueran escritas “por una élite que [ofrecía] al pueblo una representación de la nación que casi por definición los [había] excluido” (p. 298). En otras palabras, la novela histórica de esta segunda etapa tenía como objetivo central contribuir a la formación de los ciudadanos que requería una república estable, moderna, liberal y representativa.

Finalmente, con la muerte de Juárez, el contrato de lectura de las novelas históricas cambió nuevamente. Esta vez, los autores ya no tenían que insistir –como lo habían hecho los de las etapas anteriores– en que la historia que servía de marco referencial para la trama era cierta, pues durante la República Restaurada y el Porfiriato, los autores empezaron a utilizar la historia de su propio siglo (que los lectores conocían

mucho mejor) para darle vida a los personajes que los historiadores dejaban de lado en sus trabajos. Así, Enrique Olavarría, Ireneo Paz y Victoriano Salado Álvarez, por ejemplo, humanizaron a Juan Pueblo para entretener a los lectores y contar episodios y vidas que los historiadores no podían narrar y, de paso, exaltar el progreso, la estabilidad y el orden que Porfirio Díaz había logrado dar a México. En esta etapa, “la novela histórica dejó de servir como novela *histórica* cuando *el lector* ya no vio satisfechas sus expectativas de aprender historia de ella y prefirió usarla como *novela* histórica [...] La novela realista [de esta etapa] se presentó en la *Comedia humana* como aquella ‘historia olvidada de los historiadores’ que la *historia como realidad sucedida* contenía entre sus temas” (p. 308). Así, los autores de esta última etapa hicieron creer a los lectores que el mundo inventado en la novela era una copia fiel del mundo real.

No se puede decir que *Novela, historia y lecturas* sea un libro fácil de leer, pues su lenguaje académico, la constante interrupción del texto con notas al pie de página y sus epígrafes, por ejemplo, exigen una mínima preparación por parte del lector. La dificultad también radica en que exige que el lector tenga un conocimiento mínimo de las novelas que analiza. Tampoco se puede decir

que sea un volumen fácil de conseguir, pues la distribución de libros académicos en México es bastante mala –quizá porque no hay tantos lectores del género en México–. Pero es un libro bien escrito, correctamente documentado y, en partes, incluso ameno, que contiene una reflexión que nos obliga a pensar cuál es hoy la relación entre historia y literatura, y por qué ha sido más fácil para las editoriales difundir y vender las novelas que las historias.

Para los académicos de hoy, dados los métodos de evaluación, es fundamental demostrar que, con la publicación de los resultados de la investigación, se está contribuyendo a la generación de conocimiento. De hecho, los evaluadores castigan sistemáticamente la difusión, y muchas veces relacionan la calidad de una publicación al lenguaje académico que, supuestamente, la debe distinguir de un producto destinado a la difusión. Eso ha hecho del conocimiento un bien de muy difícil acceso para la población en general; es decir, a los académicos, a diferencia de los novelistas del siglo XIX, casi se les ha prohibido dirigirse a quienes supuestamente más necesitan el conocimiento, y se les ha obligado a ser reproductores de la élite cultural que domina a este país.

En cambio, los novelistas de hoy que han optado por utilizar elementos

del pasado para insertar historias y personajes inventados, no se han tenido que sujetar a los cánones de la academia y, por eso, se han podido dirigir a un público masivo que, estoy seguro, está ávido de conocer las distintas maneras en que se puede narrar nuestra historia, ahora que la democracia ha traído consigo la pluralidad. El problema, claro, es que muchos novelistas le han prometido al lector, a través del contrato de lectura, un acceso a historias verdaderas, sin que después se tengan que sujetar a ningún estándar para producirlas. Como escritores, muchos novelistas no han querido asumir la responsabilidad que implica ser parte de la élite cultural dominante cuando se transita a una democracia, sobre todo en un país que tiene

arraigada una cultura de intolerancia, de discriminación, de ciudadanía poco participativa, de irresponsabilidad, de falta de transparencia y de falta de respeto a las leyes, por ejemplo. Desde mi punto de vista, y respaldado por la lectura del libro de Alejandro Araujo, los novelistas que se meten a historiadores deberían elegir: o contribuyen a educar a sus lectores transmitiendo y difundiendo los valores democráticos que nuestra transición exige, o le advierten al lector que, por muy realista que suene la historia en la que se insertan los personajes y las tramas, la historia es ficticia, pues su contrato de lectura sólo les exige entretener. Como lo diríamos en términos de la sabiduría popular: cada zapatero a sus zapatos. ❧